

y que era imposible que un ser humano pudiera escucharlos. Pero no entendía por qué su hermana sí podía oírlos y él no.

Pronto, y con la ayuda de Tove, consiguieron hacerse con un medidor de frecuencia. Los tres amigos se quedaron atónitos al ver que el medidor marcaba un sonido por debajo de los 12 hz. Era verdad, aquella bola de cristal no dejaba de emitirlo. Sagli entendió que debían descubrir cuál era el origen de ese sonido y que debían hacer algo para solucionarlo.

–Papá, ¿podrías decirme dónde compraste el Croke? –preguntó Sagli como si tal cosa.

–¿Y ese repentino interés?

–Bueno, tengo un amigo al que me gustaría regalarle uno.

–La verdad, hijo, es que era el único que había en la tienda. Como te conté, aquella extraña señora me dijo incluso que no estaba en venta.

–No importa, tú dime la dirección. Si no lo encuentro igual se me ocurre otra cosa para regalarle.

–Está bien –contestó su padre–, pero luego no me digas nada si lo que has visto no te ha gustado.

Con la dirección bien memorizada y el Croke metido en una mochila, los tres amigos se dirigieron a la tienda. Una vez dentro de aquel lugar, Sagli comprendió a qué se refería su padre. El sitio resultaba extremadamente caótico y desordenado, pero era sencillamente espectacular.

Los niños fueron adentrándose en la tienda sintiendo un gran estremecimiento. Todo les resultaba familiar y de una forma extraña esa tienda lograba que se sintieran como en casa.



–¡Vaya, por fin habéis venido! –dijo una mujer mayor de pelo blanco y ojos azules que apareció de la nada. La anciana era un tanto peculiar e iba vestida como si fuera a irse de viaje al Himalaya.

–Buenos días –dijo educadamente Sagli–. ¿Nos esperaba?

–¡Pues claro, muchacho! Llevo varios días oyendo quejarse a la pobre ballena. ¡Menudo dolor de cabeza se me ha puesto!

–Disculpe, ¿de qué ballena habla? –preguntó Tove mirando con cara extrañada a su amigo.

–¿No os habéis dado cuenta, chicos? –continuó diciendo la señora–. Pues la ballena que se está quejando desde el Croke. ¿Habéis venido por eso, no?

–¡Sí, sí! A mí también me duele la cabeza –dijo casi gritando Kenko–. ¿Veis cómo es muy molesto, chicos?

–Pobre niña –dijo la anciana cogiendo la carita de Kenko entre sus manos y mirándola con ternura–. Tú debes de ser Kenko. Pequeña, has cuidado muy bien del Croke. Estoy muy orgullosa de ti.

–Pero... pero ¿me conoce?, ¿y usted quién es? –le preguntó la niña.

–¡Pues claro que te conozco! Conozco a todos los guardianes. Me llamo Artemisa y de mí dependen todos los Crokes.

–¿Sabía que vendríamos? –dijo Sagli sorprendido por la situación.

–Pues claro, muchacho. El holograma de la ballena nos está avisando de algo muy grave. Anda, démonos prisa porque la cosa requiere nuestra ayuda. Por favor Kenko, saca el Croke, ¡nos vamos de viaje!



La pequeña sacó cuidadosamente la esfera mientras Artemisa les indicaba que cada uno debía colocar una de sus manos sobre el Crope. Al posarlas a la vez, todos se trasladaron como por arte de magia a Noruega, concretamente a orillas del fiordo Naeroyfjord, el brazo más estrecho del llamado Fiordo de los Sueños.

–¡No me lo puedo creer! ¿Se puede viajar con el Crope? –preguntó incrédulo Tove.

–Pues claro –dijo la anciana–. ¿Cómo si no ibais a recorrer medio mundo para recuperar a los hologramas que conseguían escaparse?

Los tres amigos se miraron sorprendidos y comenzaron a reírse con grandes carcajadas. Recordaron todos los esfuerzos que habían tenido que realizar para poder viajar a todos aquellos lugares sin la ayuda de un adulto. Y ahora resultaba que el Crope les habría llevado de la forma más sencilla.

–¡Venga muchachos, no tenemos todo el día! La ballena se encuentra varada dentro del fiordo y debemos ir en *kayak* hasta donde está.

Artemisa organizó las tres embarcaciones. En una irían Sagli y Kenko, en otra Tove y en la última ella.

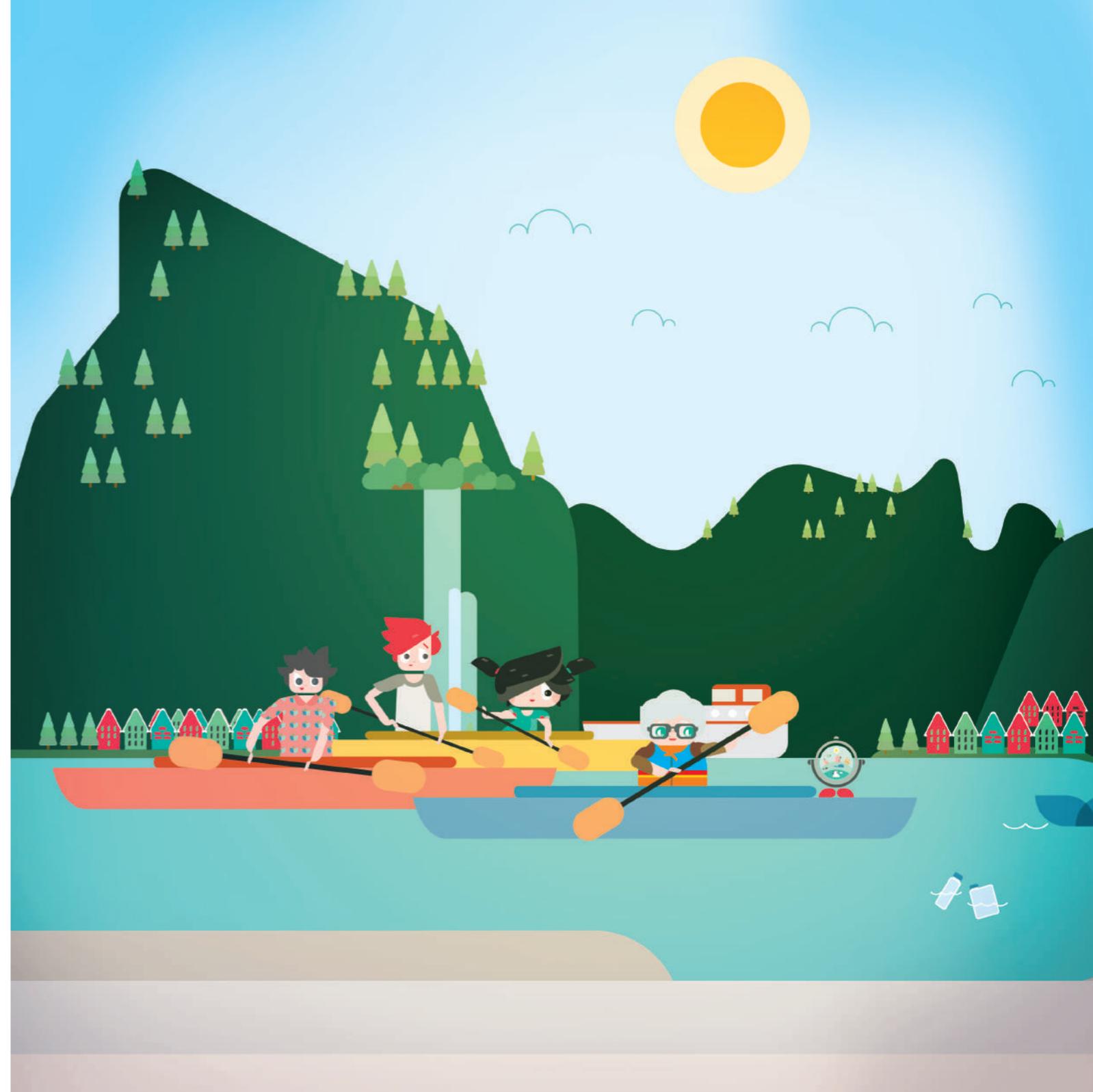
–Señora, yo puedo ir con usted –dijo Tove amablemente pensando que la mujer no tendría las fuerzas suficientes para remar por el fiordo.

–¿Qué pasa? ¿No sabes llevar un *kayak*? No te preocupes, te enseño rápido.

–Bueno, no se me da muy bien, pero lo digo por ayudarla.
–Ja, ja, ja –Artemisa no pudo evitar reírse–. Querido Tove, aquí donde me ves y a pesar de mi edad, estoy superfuerte y sana. No te preocupes por mí.

Y era cierto. Artemisa, con más de setenta años, no había dejado nunca de hacer deporte, comía sano y, sobre todo, contaba con una mente inquieta y activa que acompañaba a su espíritu joven. Mientras avanzaba remando por el fiordo, los niños pudieron darse cuenta de que hay personas que nunca envejecen a pesar de cumplir años. Cada palada que daba aquella mujer, salpicaba de agua su anciano rostro y sin embargo sonreía como una niña admirando cada tramo del paisaje. El momento fue mágico. Las tres embarcaciones surcaban aquellas aguas entre empinadas y verdes montañas. El silencio solo se veía perturbado por las numerosas cascadas que iban surgiendo de aquellas majestuosas paredes.

Llevaban más de una hora navegando por el fiordo cuando de pronto vieron a la pobre ballena. Estaba varada entre rocas y se la veía muy mal. Con prudencia dejaron los *kayaks* en un espacio alejado por si el animal se veía perturbado y soltaba algún coletazo. Despacio se fueron acercando para ver exactamente qué le sucedía. Cuando estuvieron junto a ella, Artemisa posó sus manos suavemente sobre el vientre de la ballena que seguía emitiendo aquellos sonidos como expresión de dolor. Los niños observaban asustados ya que nunca habían estado junto a un animal tan grande. Pero el miedo se mezclaba con tristeza. A la pobre ballena se la veía muy enferma y no sabían qué podían hacer para curarla.



–¡Chicos, ayudadme! –dijo Artemisa mientras seguía masajeando con sus manos la tripita de la ballena–. Por favor, haced lo mismo que yo.

Los cuatro se pusieron a masajear esa gran barriga, y tras varios minutos de esfuerzo consiguieron lo inesperado. La ballena abrió su enorme boca expulsando una gran cantidad de plástico que se había quedado atrapado en su interior.

–¿Qué es eso? –preguntó Kenko preocupada.

–Es plástico –dijo la buena mujer–. El ser humano lanza toneladas de basura y plástico a los mares. Los animales, indefensos, por desgracia terminan tragándose.

Aquella visión tan triste hizo derrumbarse a la pequeña Kenko que se puso a llorar de forma desconsolada. Todos la rodearon y se abrazaron entre sí.

–La ballena ya está bien –continuó diciendo Artemisa–, pero ahora debemos pedir ayuda para poder sacarla de la orilla. Quedaos con ella mientras me acerco al pueblo más cercano. Por favor, echadle agua por encima para que no se le seque la piel.

Al cabo de unas horas los muchachos divisaron unos diez barcos a motor que venían rápidamente por el fiordo. Artemisa los dirigía. Entre todos, y ayudados de cuerdas, tiraron de la ballena hasta conseguir sacarla de la orilla. El enorme cetáceo por fin pudo meter su enorme cuerpo entre las aguas. Tras zambullirse de repente dio un gran salto y cayó de nuevo al mar mojando a todos los presentes.



Era su manera de decir que estaba bien y agradecida por la ayuda. Kenko, con su enorme imaginación, pensó incluso que le había guiñado el ojo.

Más tarde, y después de dar las gracias a los marineros noruegos, los cuatro viajeros pusieron sus manos sobre el Croke para iniciar el viaje de regreso.

Esa aventura junto a Artemisa les ayudó a entender muchas cosas. Por primera vez fueron realmente conscientes de la importancia de reciclar adecuadamente plásticos y envases, habían visto con sus propios ojos las tristes consecuencias de no hacerlo; y además, aprendieron que, proteger los océanos, fuente de vida y de salud para la tierra, era una labor de todos.

